

## GUIGO II, CARTA SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA (ESCALA DE LOS MONJES)

Introducción, traducción y notas

CARMELO GRANADO

El autor de esta verdadera joya de la literatura espiritual es Guigo II, noveno prior de la Gran Cartuja, desde 1174 a 1180, año en que por los achaques propios de una edad avanzada renuncia al priorato. Hasta 1188, fecha de su muerte, permanece retirado en su celda dedicado a las actividades propias de un cartujo<sup>1</sup>. Y prácticamente no sabemos más del autor, excepción hecha de su amistad con un tal Gervasio, cuya identidad no es en absoluto conocida.

Guigo y Gervasio estuvieron en un tiempo muy unidos, ahora viven separados y por eso mantienen correspondencia epistolar. Guigo II considera a Gervasio como un experto en la ciencia espiritual, y a sí mismo se considera como un aprendiz. Hay aquí mucho de humildad. Verdaderamente Gervasio puede ser un maestro, quizá el que condujo a Guigo a la vida religiosa o ya dentro de ella su primer maestro, pero Guigo II cuando escribe la Escala es ya un maestro consumado<sup>2</sup>.

La Escala se había atribuido a varios autores: san Agustín, san Bernardo, san Buenaventura, etc. Pero esto no tiene nada de extraño, ya sea que se considere el valor intrínseco de la obra o si se tiene en cuenta que el autor es un cartujo sin pretensiones de pasar a la posteridad.

---

<sup>1</sup> Sobre los datos biográficos de Guigo II cf. el análisis de la carta realizado por A. WILLMART, *Auteurs spirituels et textes dévots du Moyen Age latin. Études d'histoire littéraire*, (réimpression de l'édition parue en 1932), Études Augustiniennes, Paris 1971, p. 218-221.

<sup>2</sup> GUIGUES II LE CHARTREUX, *Lettre sur la vie contemplative (L'échelle des moines). Douze Méditations*. Introduction et texte critique par Edmund Colledge, O.S.A. et James Walsh, S.J. Traduction par un Chartreux, (Sources Chrétiennes 163) Paris 1970. La traducción que ofrezco se hace a partir del texto crítico latino de la edición francesa. Deseo agradecer vivamente a mi hermano Antonio su extraordinaria ayuda en la revisión de mi traducción, por su conocimiento de las lenguas latina y castellana y no menos por el de la teología e historia de la espiritualidad.

La Escala es una carta, no sólo por el título sino por datos que ofrece en su primeras líneas, con los nombres de autor y destinatario, y en la despedida final. Incluso en el desarrollo de la carta se encuentran dispersos algunos datos que revelan la alta espiritualidad del autor.

El objeto de la carta versa sobre la estructura de la vida contemplativa. Bajo la imagen de una escala<sup>3</sup>, tan frecuente en la historia de la espiritualidad desde los primeros siglos hasta el siglo XX, se representa toda la vida espiritual desde sus inicios mismos hasta la unión contemplativa con Dios. Las fases o etapas de esta ascensión hacia Dios están formadas por los cuatro peldaños de la escala: lectura, meditación, oración, contemplación. El orden, sucesión y dependencia de unos peldaños respecto a otros muestran una obra bien construida, estructurada y reflexionada. Su mismo estilo penetrante, familiar e incluso sentimental<sup>4</sup>, torna muy atractiva tan bella obra, como enseguida podrá comprobar el lector.

#### CARTA DEL CARTUJO GUIGO AL HERMANO GERVASIO SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA

El hermano Guigo a su querido hermano Gervasio:  
Alégrate en el Señor.

He contraído contigo, hermano, la deuda de amarte, ya que tú fuiste el primero en comenzar a amarme y estoy obligado a responderte por escrito, pues con tu carta me invitaste a escribirte. Así que me he propuesto enviarte algunas ideas que se me han ocurrido sobre la actividad espiritual de los monjes, para que tú que las aprendiste por la experiencia mejor que yo por el estudio, seas juez y censor de mis reflexiones. Con razón te ofrezco a ti el primero estas primicias de mi trabajo, para que recojas los primeros frutos de la nueva plantación (cf. Sal 143,12), que con laudable estratagema (cf. Gen 40,15) la sustrajiste de la esclavitud del Faraón (cf. Ex 13,14) y de una dulce soledad<sup>5</sup> (Num 14,22) y la pusiste en el ejército a punto de emprender batalla (cf. Cant 6,4.10); con arte cortaste el ramo de acebuche (cf. Rom 11,17.24) y lo injertaste prudentemente en el olivo.

---

<sup>3</sup> Cf. ÉMILE BERTAUD - ANDRÉ RAYEZ, «Échelle Spirituelle», *Dictionnaire de Spiritualité* IV, Paris 1960, cols. 62-86.

<sup>4</sup> Cf. V. PERI, «Guigo II», *Dizionario di mistica*, a cura di L. BORRIELLO - E. CARUANA - M.R. DEL GENIO - N. SUFFI, Libreria Editrice Vaticana, Vaticano 1998, p. 617-618.

<sup>5</sup> Esta dulce soledad es, en realidad, el mundo y la vida mundana. El autor no se refiere en absoluto a la vida en la Cartuja, cf. A. WILLMART, *o. c.*, p. 237 nota 2.

### I. Los cuatro peldaños de la escala espiritual

En cierta ocasión estaba ocupado en trabajos manuales y comencé a pensar sobre la actividad espiritual del hombre. De repente se ofrecieron a mi corazón cuatro peldaños<sup>6</sup> espirituales, concretamente la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Esta es la *Escala de los Monjes* por la que se sube de la tierra al cielo. Escala sin duda dividida en pocos escalones, pero de inmensa e increíble altura. Su parte inferior está apoyada en la tierra, mas la superior penetra las nubes y escudriña los secretos de los cielos (cf. Gen 28,12)<sup>7</sup>. Así como estos peldaños son distintos por nombre y número, también lo son por orden e importancia. Si uno examina con atención sus propiedades y funciones<sup>8</sup>, lo que cada uno produce en nosotros, cómo se diferencian o se aventajan entre sí, todo el trabajo y estudio que emplee en ellos lo reputará breve y fácil en razón de su gran utilidad y dulzura.

La *lectura* consiste en el estudio<sup>9</sup> diligente de las Escrituras con atención de la mente. La *meditación* consiste en la actividad de la mente que con ayuda de su propia razón estudia e investiga el conocimiento de la secreta verdad. La *oración* es la orientación piadosa del corazón hacia Dios para apartar los males o alcanzar bienes. La *contemplación* consiste en una cierta elevación sobre sí misma de la mente que queda suspendida en Dios, al saborear los gozos de la dulzura eterna.

---

<sup>6</sup> *Gradus* son grados, escalones, peldaños. Traducimos el término por *peldaños* ya que el contexto es la Escala o escalera. Estos peldaños espirituales se refieren a diversos modos de oración, que implican un progreso de uno a otro y del inferior (*lectio*) al superior (*contemplatio*). Todo se orienta a la unión del alma con Dios. Guigo II distingue cuatro peldaños, pero otros autores presentan un número mayor o menor, por ejemplo, Orígenes enumera tres, san Benito doce, san Juan Clímaco treinta, san Bruno quince, etc.

<sup>7</sup> Que la vida espiritual se representa como una escala es imagen frecuente en la tradición cristiana inspirándose en el pasaje bíblico del sueño de Jacob (Gen 28,12-13). La escala es un símbolo de la ascensión del alma hacia Dios. Referencia fundamental es el estudio de É. BERTAUD - A. RAYEZ, «Échelle Spirituelle» citado en la nota 3.

<sup>8</sup> El término de «función», en plural o en singular, nos aparecerá repetidas veces a lo largo de la Escala. *Officium* lo podemos traducir por oficio, tarea, función, el papel desempeñado por una cosa o una persona.

<sup>9</sup> La «inspección» de un texto es su lectura o su estudio. En el § III «inspexit» lo hemos traducido por el verbo *leer*. La lectura no consiste sólo en pasar la mirada por un escrito, sino que también implica estudio y esfuerzo de comprensión y búsqueda de los medios necesarios para entender, para comprender, para captar su sentido. Tratándose de la Sagrada Escritura habría que acudir, por ejemplo, a uno o varios comentarios exegéticos del texto. Pero ateniéndonos al texto de Guigo II la lectura se concentra sólo en la Escritura sin más medios auxiliares. En esta obra aparece repetidamente el término *lectio* que significa lectura, la acción de leer, estudiar un determinado texto. No se encuentra en esta obra la conocida expresión *lectio divina* cuyo significado no es la lectura de la palabra de Dios, sino la palabra de Dios escrita, es decir, la Biblia.

Hecha, pues, una descripción esquemática de los cuatro peldaños, nos queda por ver la función de cada uno de ellos en relación a nosotros.

## II. Función de cada uno de estos peldaños

La *lectura* investiga la dulzura de la vida bienaventurada, la *meditación* la encuentra, la *oración* la pide y la *contemplación* la saborea<sup>10</sup>. La *lectura* sirve a la boca un manjar sólido, la *meditación* lo mastica y lo tritura, la *oración* le saca el sabor y la *contemplación* es la dulzura misma que alegra y conforta. La *lectura* está en la corteza, la *meditación* en la enjundia, la *oración* en la súplica del deseo, la *contemplación* en el deleite de la dulzura alcanzada. Y para que esto se vea más claramente, pondré un ejemplo entre otros muchos.

## III. Función de la lectura

En la lectura oigo: *Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). He aquí un texto breve, pero cargado de un sentido<sup>11</sup> suave y variado, ofrecido como un racimo de uva para alimento del alma. Y el alma después de leerlo con atención dice dentro de sí: «Puede que aquí haya algún bien. Volveré a entrar en mi corazón y me esforzaré por entender y por alcanzar esta limpieza. En efecto, se trata de algo precioso y deseable, a los que lo posean se les llama bienaventurados, se les promete la visión de Dios, en la que consiste la vida eterna, que es alabada en tantos pasajes de la Sagrada Escritura». Así pues, deseando explicarse esto más profundamente a sí misma, comienza a masticar y triturar este racimo de uvas y lo pone por decirlo así en un lagar, en tanto que excita su razón para investigar en qué consiste y cómo puede alcanzar esta pureza tan preciosa.

## IV. Función de la meditación

Así pues, cuando sigue una meditación diligente no permanece en el exterior, ni se queda en la superficie, sino que da un paso adelante, penetra en el interior y escudriña cada cosa. Considera atentamente que no dijo: *Bienaventurados los de limpio cuerpo*, sino *los de limpio corazón*, porque no basta tener unas manos libres de malas obras, si no tenemos el corazón limpio de malos pensamientos.

---

<sup>10</sup> El ms. de Utrecht añade: «Por lo que el mismo Señor dice: *Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá* (Mt 7,7). *Buscad* mediante la lectura, y *encontraréis* por medio de la meditación, *llamad* con la oración y *se os abrirá* por medio de la contemplación».

<sup>11</sup> Sentido espiritual de la Escritura.

Esto lo confirma con su autoridad el profeta que dice: *¿Quién subirá al monte del Señor o quién permanecerá en su lugar santo? El de manos inocentes y de corazón limpio* (Sal 23,3-4). Así mismo considera cuánto deseaba esta pureza de corazón el mismo profeta que oraba de esta manera: *¡Oh Dios! crea en mí un corazón puro* (Sal 50,12), y también: *Si en mi corazón consideré la impiedad, no me escuchará el Señor* (Sal 65,18). Piensa qué solícito era en esta custodia el santo Job cuando decía: *He estipulado con mis ojos el pacto de ni siquiera pensar en una muchacha* (Job 31,1). Hay que ver cuánto se contenía el santo varón que cerraba sus ojos para no ver la vanidad, no fuera que incautamente y por casualidad viera lo que luego deseara ardientemente contra su voluntad. Después de haber estado dándole vueltas a estas y otras cosas parecidas sobre la pureza de corazón, comienza a pensar en su galardón: qué glorioso y deleitable sería ver el deseado rostro del Señor, más hermoso que el de los hijos de los hombres (cf. Sal 44,3); que ya no es despreciable y vil (cf. Is 53,2), al no tener el aspecto con que le vistió su madre, sino que está vestido con la túnica de la inmortalidad (cf. Sab 6,32) y coronado con la diadema con que le coronó su Padre el día de la resurrección y la gloria (cf. Cant 3,11), día que hizo el Señor (cf. Sal 117,24). Está pensando que en esta visión consistirá aquella saciedad de la que dice el profeta: *Me saciaré cuando aparezca tu gloria* (Sal 16,15). *¿Ves cuanto jugo ha brotado del pequeño racimo de uva? ¿cuanto fuego ha salido de esta chispa? ¿cuanto se ha extendido en el yunque de la meditación esta poca masa: Bienaventurado los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8)? *¿Y cuánto se podría aún extender si lo llevara a cabo un experto? En efecto, me doy cuenta de que el pozo es profundo* (cf. Jn 4,11), pero yo soy todavía un rudo principiante y apenas he encontrado estas pocas cosas que beber en él. Inflamada con este fuego, estimulada con estos deseos, quebrado el pomo de alabastro comienza el alma a adivinar la suavidad del ungüento (cf. Mc 14,3; Jn 12,3), todavía no por el gusto, sino como por el olfato. Y de ahí colige qué suave sería sentir la experiencia de esta pureza, cuya meditación le ha resultado tan agradable. *¿Pero qué hará? Arde en deseos de poseerla, pero no encuentra en sí cómo poder tenerla; y cuanto más la busca, más sed tiene de ella. Si añade meditación, añade también dolor* (cf. Qoh. 1,18): porque no siente la dulzura que consiste en la pureza de corazón como la meditación enseña pero no la da. En efecto, ni por leer ni por meditar siente esta dulzura, a no ser que le sea dado de lo alto (cf. Jn 19,11). Pues leer y meditar es común a buenos y malos. Incluso los filósofos gentiles guiados por la razón encontraron en qué consiste el compendio del verdadero bien, pero *por no haber reconocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios* (Rom 1,21) y presumiendo de sus propias fuerzas decían: *Engrandeceremos nuestra lengua, nuestros labios están de nuestra parte* (Sal 11,5). No merecieron comprender lo que pudieron ver. *Se envanecieron en sus pensamientos* (Rom

1,21) y *quedó devorada toda su sabiduría* (Sal 106,27), la que les había proporcionado el estudio de la ciencia humana, no el Espíritu de Sabiduría que es el único que da la verdadera sabiduría, a saber la ciencia sabrosa que alegra y alimenta con inestimable sabor al alma en la que mora. De ella se ha dicho: *La Sabiduría no entra en alma malévola* (Sab 1,4). Esta procede sólo de Dios. En efecto, el Señor concedió a muchos la tarea de bautizar, pero la potestad y la autoridad de perdonar los pecados en el bautismo las retuvo exclusivamente para sí. Por ello Juan dijo de él por antonomasia y en sentido exclusivo: *Éste es el que bautiza* (Jn 1,33). Así también podemos decir de él: *Éste es el que da el gusto de la sabiduría y el que hace la ciencia sabrosa al alma*. La palabra se da a todos, la sabiduría del espíritu a pocos. El Señor la reparte a quien quiere y cuando quiere (1 Cor 12,11).

#### V. *Función de la oración*

Viendo, pues, el alma que no puede alcanzar por sí misma la deseada dulzura del conocimiento y de la experiencia, y que cuanto más se acerca a lo profundo del corazón, tanto más es Dios exaltado (cf. Sal 63,7-8); se humilla y se refugia en la oración diciendo: «Señor, que no eres visto sino por los corazones limpios, investigo por la lectura y la meditación en qué consiste y cómo se puede adquirir la verdadera pureza de corazón, para mediante ella o una pequeña parte de ella poder conocerte. Buscaba, Señor, tu rostro; tu rostro, Señor, buscaba (Sal 26,8). He meditado mucho tiempo en mi corazón (cf. Sal 76,7) y en mi meditación creció el fuego y el deseo de conocerte más (cf. Sal 38,4). Mientras me partes el pan de las Sagradas Escrituras (cf. Lc 24,30-31), te reconozco en la fracción del pan (cf. Lc 24,35), y cuanto más te conozco, más deseo conocerte no ya en la corteza de la letra, sino en el sentido de la experiencia. Y esto no lo pido, Señor, por mis méritos, sino por tu misericordia. En efecto, confieso que soy una indigna pecadora, pero *también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores* (Mt 15,27). Dame, pues, Señor, la prenda de la herencia futura, al menos una gota de la lluvia celestial, con la que refrigere mi sed (cf. Lc 16,24), porque estoy ardiendo de amor (cf. Cant 2,5)».

#### VI. *Efectos de la contemplación*

Con estos y semejantes encendidos coloquios inflama su deseo, muestra así su amor<sup>12</sup> y con estos encantamientos llama a su Esposo. Ahora bien, el Señor,

---

<sup>12</sup> La edición crítica lee: «sic ostendit suum *effectum*», pero preferimos la lectura *affectum* siguiendo los mss. del aparato crítico.

cuyos ojos están sobre los justos y cuyos oídos escuchan no sólo sus peticiones (cf. Sal 33,16), sino que penetran la interioridad de sus mismas peticiones, no aguarda a que concluya su discurso, sino que interrumpiendo el curso de la oración se lanza veloz y sale rápido al encuentro del alma que lo desea rodeado del rocío de la dulzura celestial y perfumado con los mejores ungüentos (cf. Cant 1,3) y reanima al alma fatigada, alimenta a la hambrienta, ceba a la flaca, hace que se olvide de lo terreno, vivificando a la que ha perdido la memoria de sí mortificándola maravillosamente y volviéndola sobria al embriagarla. Y como en algunas funciones carnales el alma es de tal manera vencida por la concupiscencia de la carne hasta el punto de perder completamente el uso de la razón y hacer que el hombre se convierta casi enteramente en carnal, así por el contrario en esta contemplación celestial el alma vence y hace desaparecer los movimientos carnales de modo que la carne no contradice absolutamente en nada al espíritu y el hombre llega a ser casi enteramente espiritual.

### VII. *Signos de la venida de la gracia*

Pero, Señor, ¿cómo descubriremos cuándo haces estas cosas y cuál es la señal de tu venida (cf. Mt 24,3)? ¿Acaso los suspiros y las lágrimas son los mensajeros y testigos de esta consolación y alegría? Si es así, se trata de una nueva antífrasis y de un significado inusitado. ¿Pues qué relación hay entre la consolación y los suspiros, entre la alegría y las lágrimas? Si es que se les puede llamar lágrimas y no más bien abundancia desbordante del rocío interior derramado desde arriba como señal de la purificación del hombre interior y purgación del hombre exterior, para como en el bautismo de los niños mediante la ablución exterior se figura y se indica la ablución del hombre interior, aquí, por el contrario, de la ablución interior proceda la purificación exterior. ¡Bienaventuradas las lágrimas por las que se purifican las manchas interiores y se apagan los incendios de los pecados! *Bienaventurados los que lloráis de este manera, porque reiréis* (Mt 5,5). Alma, reconoce en estas lágrimas a tu Esposo, abraza al deseado, embriágate ahora en el torrente de las delicias (cf. Sal 35,8), mama de los pechos de la consolación miel y leche (cf. Is 66,11). Los gemidos y las lágrimas son esos admirables doncellitos y consuelos que te ha ofrecido y dado tu Esposo. En estas lágrimas te ha ofrecido una bebida abundante (cf. Sal 79,6). Estas lágrimas sean para ti pan día y noche (cf. Sal 41,4), pan que fortalece de este modo el corazón del hombre (cf. Sal 103,15), y más dulces que la miel y el panal (cf. Sal 18,11). Señor Jesús, si son tan dulces estas lágrimas que brotan del recuerdo y del deseo de ti, ¡qué dulce será el gozo que se sentirá cuando se te vea claramente! Si tan dulce es llorar por ti, ¡qué dulce será gozar de ti! Mas ¿por qué manifestamos públicamente tan secretos coloquios? ¿Por qué nos esforzamos

en expresar unos afectos inenarrables con unas palabras vulgares? Los que no han experimentado estas cosas no las entenderán, hasta tanto las lean claramente en el libro de la experiencia, donde las enseña la misma Unción (cf. 1 Jn 2,27). Por lo demás, la letra exterior no aprovecha nada al lector: la lectura de la letra exterior<sup>13</sup> es poco sabrosa, a no ser que una explicación tome del corazón su sentido interior<sup>14</sup>.

### *VIII. El ocultamiento de la gracia*

¡Oh alma, hemos alargado demasiado tiempo este discurso! En efecto, era bueno que estuviésemos aquí con Pedro y con Juan contemplando la gloria del Esposo y permaneciendo mucho tiempo con él, si él quisiera que se hicieran aquí no dos, ni tres tiendas (cf. Mt 17,4), sino una sola en la que estuviéramos juntos y juntos nos deleitáramos. Pero dice el Esposo: *Suéltame, pues raya ya la aurora* (Gen 32,26), ya recibiste la luz de la gracia y la visita que deseabas. Habiéndole dado, pues, la bendición y herido el nervio del fémur y cambiado el nombre de Jacob en el de Israel (cf. Gen 32,25-32), el Esposo tan largamente deseado y tan rápidamente desaparecido se retira por un poco de tiempo. Se sustrae en cuanto a la visita referida y en cuanto a la dulzura de la contemplación, pero permanece presente en cuanto a gobierno, en cuanto a gracia y en cuanto a unión.

### *IX. El ocultamiento temporal de la gracia coopera a nuestro bien*

Pero no temas, ¡oh esposa!, no desesperes, no creas que eres despreciada, si por un poco de tiempo el Esposo te sustrae su rostro. Todo esto sirve para tu bien (cf. Rom 8,28) y sacas ganancias tanto con su venida como con su marcha. Viene para tu provecho, se retira también para tu provecho. Viene para tu consolación, se aparta por cautela para que no te ensoberbezca la grandeza de la consolación (cf. 2 Cor 12,7), para que no comiences a despreciar a tus compañeros, si el Esposo permanece siempre junto a ti; y para que no atribuyas esta consolación a la naturaleza en vez de a la gracia. Ahora bien, esta gracia se da cuando el Esposo quiere y a quien quiere, y no se posee por una especie de derecho hereditario. Hay un proverbio popular que dice que una gran familiaridad engendra el desprecio. Por tanto, se aparta no sea que se le desprecie por estar en demasía presente, y para que estando ausente se le desee más y deseado se le busque con más ardor, y buscado durante más tiempo finalmente sea con más gozo encontrado. Además si nunca faltara esta consolación que, en relación a la

---

<sup>13</sup> Sentido literal, histórico, de la Escritura.

<sup>14</sup> Se trata del sentido espiritual de las Escrituras.

gloria futura que se revelará en nosotros (cf. Rom 8,18), es enigmática y parcial (cf. 1 Cor 13,12), pudiera ser que pensáramos tener aquí la ciudad permanente y buscaríamos menos la futura (cf. Heb 13,14). Por tanto, para que no confundamos el exilio con la patria, las arras con el conjunto de los bienes, el Esposo alternativamente viene y se va, unas veces trayendo la consolación y otras cambiando todo lecho en enfermedad (cf. Sal 40,4). Un poco nos permite gustar cuán suave es (cf. Sal 33,9) y antes de que se le perciba completamente, desaparece. Y así como volando con las alas extendidas (cf. Deut 32,11) sobre nosotros nos incita a volar, como diciendo: Habéis gustado un poquito cuán suave y dulce (cf. 1 Ped 2,3) soy, pero si queréis saciaros plenamente de esta dulzura, corred atrás de mí al olor de mis ungüentos (cf. Cant 1,3), tened los corazones arriba, donde estoy yo a la diestra de Dios Padre (cf. Hech 7,55). Allí me veréis (Jn 16,19), no a través de un espejo en figura, sino cara a cara (1 Cor 13,12) y se alegrará completamente vuestro corazón y nadie os quitará vuestro gozo (Jn 16,22).

#### *X. Prudencia con que se debe comportar el alma después de la visita de la gracia*

Pero ten cuidado, ¡oh esposa! cuando el Esposo se ausenta, no se marcha lejos, y aunque no lo veas, él sin embargo te ve siempre. Está lleno de ojos por delante y por detrás (cf. Ez 1,18) y en ningún sitio puedes esconderte de él. También tiene junto a ti a sus enviados, los espíritus como sagacísimos mensajeros, para ver cómo te comportas cuando el Esposo está ausente, y acusarte ante él si descubren en ti algún signo de impureza y de ligereza. Este Esposo es celoso (cf. Ex 34,14): si tal vez admites a otro amante, si te dedicas a agradar más a otro, enseguida se aparta de ti y se unirá a otras jovencitas. Este Esposo es delicado, es noble, es rico, el más hermoso entre los hijos de los hombres (Sal 44,3) y, por tanto, no se digna tener sino una esposa hermosa. Si ve en ti una mancha o una arruga (cf. Ef 5,27), enseguida aparta sus ojos (cf. Is 1,15). No puede soportar ninguna impureza. Sé, por tanto, casta, vergonzosa y humilde, de modo que merezcas ser visitada frecuentemente por tu Esposo.

Temo que este discurso te haya entretenido demasiado tiempo, pero me ha obligado a ello la rica y al mismo tiempo dulce materia. No era yo quien espontáneamente la prolongaba, sino que contra mi voluntad era arrastrado por su dulzura.

#### *XI. Recapitulación*

Para que las cosas que se han dicho con más amplitud se vean al mismo tiempo mejor juntas, recojamos lo esencial de lo anteriormente dicho haciendo un resumen. Como se ha indicado en los ejemplos anteriores, puedes ver cómo se

relacionan entre sí los peldaños analizados y cómo se preceden unos a otros no sólo temporalmente, sino también causalmente. En efecto, la *lectura* se ofrece la primera como el fundamento y con la materia que nos ha proporcionado nos conduce a la meditación. La *meditación* busca más diligentemente lo que hay que desear, y como si estuviera cavando (cf. Prov 2,4) descubre un tesoro (cf. Mt 13,44) y lo muestra; pero no pudiendo obtenerlo por sí misma, nos conduce a la oración. La *oración*, elevándose con todas sus fuerzas a Dios, pide el deseado tesoro, la suavidad de la *contemplación*. Llegando ésta, recompensa el trabajo de los tres (peldaños) anteriores, mientras que embriaga al alma sedienta con el rocío de la dulzura celestial. La *lectura* es según el ejercicio exterior, la *meditación* según la inteligencia interior, la *oración* según el deseo, y la *contemplación* está por encima de todo sentido. El primer escalón es el de los incipientes, el segundo el de los proficientes, el tercero de los devotos<sup>15</sup> y el cuarto el de los bienaventurados.

### *XII. Concatenación de los peldaños entre sí*

Estos peldaños están de tal modo concatenados y se prestan entre sí una ayuda vicaria tal que los anteriores sin los siguientes poco o nada aprovechan, y los siguientes sin los anteriores jamás o raramente pueden alcanzarse. En efecto, ¿qué aprovecha ocupar el tiempo con lectura continua, recorrer la vida y escritos de los santos, a no ser que masticándolos y rumiándolos saquemos el jugo y tragándolos los transmitamos a lo profundo del corazón, para a partir de ellos considerar diligentemente nuestro estado y procurar realizar las obras de aquéllos cuyos hechos deseamos leer? Pero ¿cómo pensaremos en ello o cómo podremos evitar, meditando cosas falsas o vanas, no transgredir los límites fijados por los santos Padres, a no ser que antes hayamos sido instruidos acerca de tales cosas por la lectura o de oídas? En efecto, el oído pertenece de algún modo a la lectura, por lo que solemos decir que hemos leído no sólo los libros que hemos leído para nosotros mismos o para otros, sino también los que hemos oído de los maestros.

Así mismo ¿qué aprovecha al hombre ver mediante la meditación lo que hay que hacer, si no obtiene fuerzas con el auxilio de la oración y con la gracia de Dios para llevarlas a cabo? *Todo don óptimo y todo don perfecto procede de arriba, desciende del padre de las luces* (Sant 1,17), sin el cual no podemos

---

<sup>15</sup> *Devoción, devoto* no son términos que connoten un sentido peyorativo. Lo que esos términos expresan es la actitud fundamental de la persona ante Dios, normalmente en contexto o en relación con la oración personal, y esa actitud se plasma en sentimientos de fe, de piedad, de fervor, de fidelidad, de obediencia, de respeto. Es conocer y amar a Dios.

nada, sino que él mismo realiza las obras en nosotros, aunque no completamente sin nosotros. En efecto, *somos colaboradores de Dios* (1 Cor 3,9), como dice el apóstol. Pues Dios quiere que oremos a él, quiere que abramos lo íntimo de nuestra voluntad a la gracia que viene y llama a la puerta (cf. Apoc 3,20) y quiere que consintamos a ella.

Este consentimiento exigía a la Samaritana diciendo: *Llama a tu marido* (Jn 4,16), como si dijera: «Quiero infundirte la gracia, aplica tú el libre albedrío». Exigía de ella la oración: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, quizá le pedirías tú agua viva* (Jn 4,10). Oído esto como de una lectura hecha por el Señor, la mujer ya instruida meditó en su corazón que sería bueno y útil para ella poseer esta agua. Encendida, pues, por el deseo de poseerla, se vuelve a la oración diciendo: *Señor, dame esta agua para que no tenga más sed* (Jn 4,15). He aquí que la escucha de la palabra del Señor y la meditación hecha a continuación sobre ella la había movido a orar. ¿Cómo, pues, sería diligente en pedir, si previamente no la hubiese encendido la meditación? o ¿qué le hubiera proporcionado la meditación precedente, si la oración que le ha seguido no hubiese demandado lo que se le mostraba como deseable? De modo que para que la meditación sea fructuosa, conviene que siga la devoción de la oración, que tiene como efecto suyo la dulzura de la contemplación.

### XIII. Conclusión de lo que precede

De todo esto podemos concluir que la lectura sin la meditación es árida, la meditación sin la lectura es errónea, la oración sin la meditación es tibia, y la meditación sin la oración es infructuosa; la oración con la devoción sirve para alcanzar la contemplación, la obtención de la contemplación sin la oración resulta rara o milagrosa. En efecto, Dios, cuyo poder no tiene límites y cuya misericordia se extiende sobre todas sus obras, a veces suscita de las piedras hijos de Abrahán (cf. Mt 3,9), cuando a los duros y a los que no quieren consentir los empuja a que quieran, y, según se dice vulgarmente, es tan liberal que trae<sup>16</sup> al buey por los cuernos, cuando sin que se le llame se hace presente y sin ser buscado se mete dentro. Y si leemos que alguna vez esto ha ocurrido a algunos como a Pablo (cf. Hech 9) y a unos pocos más, con todo no por ello debemos también nosotros, casi tentando a Dios, anticiparnos a tales cosas, sino que debemos hacer lo que a nosotros toca, a saber, leer y meditar en la ley de Dios, pedirle en la oración que ayude nuestra debilidad (cf. Rom 8,26) y que vea

---

<sup>16</sup> En lugar de la lectura *tribuit* hemos optado por la variante *trahit* del aparato crítico, que parece ser la que sigue el traductor francés: «qu'il amène le boeuf par la corne». La generosidad del Señor es ilimitada y no se le puede poner límite alguno.

nuestra inmadurez. Esto es lo que Él mismo nos enseña a hacer diciendo: *Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá* (Mt 7,7). En efecto, ahora *el reino de los cielos sufre violencia y los violentos se apoderan de él* (Mt 11,12).

Con las distinciones anteriores se pueden conocer a fondo las propiedades de los peldaños expuestos, cómo concuerdan entre sí y qué operan en nosotros cada uno de ellos. Feliz el hombre cuya mente, libre de otras preocupaciones, desea ejercitarse siempre en estos cuatro peldaños. Éste es el que, vendidos todos sus bienes, compra el campo aquel en el que está escondido el deseado tesoro (cf. Mt 13,44), a saber, dedicar tiempo y contemplar cuán suave es el Señor (cf. Sal 33,9; 45,11). El que se ha ejercitado en el primer peldaño, en el segundo es circunspecto, devoto en el tercero y en el cuarto se eleva por encima de sí mismo y mediante estas ascensiones que decidió en su corazón, sube de virtud en virtud hasta ver al Dios de los dioses en Sión (cf. Sal 83,6-8). Feliz al que se le concede permanecer en este supremo peldaño siquiera sea por un poquito de tiempo, éste puede decir: «Siento la gracia de Dios, contemplo su gloria en el monte junto con Pedro y con Juan, y me deleito con Jacob de los abrazos de la hermosa Raquel».

Pero que éste, después de esta contemplación con la que ha sido elevado hasta el cielo, procure no caer en los abismos con una caída desordenada, para que después de tan gran visita no se vuelva a las lascivas obras del mundo y a las seducciones de la carne. Y cuando la débil lucidez de la mente humana no pueda soportar por más tiempo la ilustración de la verdadera luz, descienda suave y ordenadamente a uno de los tres peldaños por los que había subido y deténgase alternativamente ya en uno, ya en otro según el movimiento del libre albedrío y según las circunstancias de lugar y tiempo, estando a mi entender tanto más cerca de Dios cuanto más apartado del primer peldaño. ¡Ay, qué frágil y miserable es la condición humana!

Basándonos en la razón y en los testimonios de la Escritura vemos que la perfección de la vida bienaventurada se contiene en estos cuatro peldaños y que en ellos debe ocuparse el ejercicio del hombre espiritual. Pero ¿quién es el que guarda este modo de vida? *¿Quién es y lo alabaremos?* (Sir 31,9). Querer está en las manos de muchos, pero poner por obra es de pocos (cf. Rom 7,18). Y ojalá fuéramos de estos pocos.

#### *XIV. Cuatro causas que nos apartan de los peldaños explicados*

Hay cuatro causas que casi siempre nos apartan de estos peldaños y son la necesidad inevitable, la utilidad de una obra virtuosa, la debilidad humana y la vanidad mundana. La primera es excusable, la segunda es tolerable, la tercera es

miserable y la cuarta culpable. Y en verdad es culpable. En efecto, a aquél que semejante causa le aparta de su propósito, le era mejor no haber conocido la gracia de Dios que retroceder después de conocida. ¿Qué le podrá excusar de pecado (cf. Jn 15,22)? ¿No le podrá justamente decir el Señor: Qué más debí hacerte que no te hiciera (cf. Is 5,4)? No existías y te creé, pecaste y te convertiste en esclavo del diablo y te redimí, corrías con los impíos alrededor del mundo (cf. Sal 11,9) y te elegí (cf. Is 43,7-11); te había dado la gracia en mi presencia y quería poner mi morada junto a ti (cf. Jn 14,23) y verdaderamente me despreciaste y no sólo echaste a tus espaldas mis palabras, sino a mí mismo y caminaste en pos de tus concupiscencias (cf. Sir 18,30).

Pero, ¡oh Dios bueno, suave y blando, amigo dulce, consejero prudente, ayuda fuerte! ¡Qué inhumano y temerario es el que rechaza, el que arroja de su corazón a huésped tan humilde y manso! ¡Qué infeliz y condenable cambio, rechazar a su creador y acoger pensamientos malos y dañinos, y también entregar tan pronto aquella secreta mansión del Espíritu Santo, es decir, lo profundo del corazón que poco antes tendía a los gozos celestiales, a pensamientos inmundos y a los puercos para que lo pisoteen (cf. Mt 7,6)! Todavía permanece en el corazón el calor de las huellas del Esposo y ya se introducen deseos adulterinos. Es una inconveniencia y un deshonor inclinar tan pronto a escuchar fábulas (cf. 2 Tim 4,4) y maledicciones unos oídos que ya habían oído palabras que al hombre no le es lícito pronunciar (cf. 2 Cor 12,4); y unos ojos que habían sido bautizados con lágrimas sagradas orientarlos a ver vanidades; y una lengua que había cantado un dulce epitalamio y que con sus coloquios encendidos y persuasorios había reconciliado a la esposa con el Esposo y la había introducido en la bodega (cf. Cant 2,4), tornar nuevamente a las groserías, a las chocarrerías, a maquinar fraudes (cf. Sal 49,19), a las maledicciones. Lejos de nosotros todo esto, Señor, y si debido a la humana fragilidad volvemos a caer en ello, que no desesperemos, sino que de nuevo acudamos al médico clemente *que levanta de la tierra al indigente y alza del estiércol al pobre* (Sal 112,7). Y aquel que no quiere la muerte del pecador (cf. Ez 33,11) de nuevo nos curará y sanará (cf. Os 6,2).

Ya es hora de poner fin a mi carta. Oremos todos al Señor para que nos mitigue los impedimentos que nos apartan actualmente de su contemplación y que en el futuro los aparte completamente de nosotros, conduciéndonos por los peldaños antes explicados de virtud en virtud hasta que veamos al Dios de los dioses en Sión (cf. Sal 83,8), donde los elegidos percibirán la dulzura de la contemplación divina no a cuentagotas ni interpoladamente, sino que en un

torrente de delicias (cf. Sal 35,8) sin cesar tendrán el gozo que nadie les arrebatará (cf. Jn 16,22) y la paz inmutable, la paz eterna<sup>17</sup> (cf. Sal 4,9).

Y tú, Gervasio, hermano mío, si alguna vez se te concede de arriba ascender a la cima de los peldaños antes indicados, acuérdate de mí y ora por mí cuando a ti te vaya bien. Que así el velo (cf. Ex 26) atraiga hacia sí el velo<sup>18</sup> y *el que escucha diga: Ven* (Apoc 22,17).

---

<sup>17</sup> *Eterna*, el texto latino utiliza la expresión «in idipsum». El contexto impone esa traducción. Véanse estos dos ejemplos: AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos* 36,3: «Quid est: in idipsum? in sempiternum; uel, omnes simul in unum»; PRÓSPERO DE AQUITANIA, *Expositio Psalmorum* 121: «Quid autem est in idipsum, nisi quod uere et sempiternum est?».

<sup>18</sup> Como en las diversas cortinas del Santuario por estar unidas entre sí, el movimiento de una de ellas arrastraba a las demás, Guigo pide a su amigo Gervasio que cuando esté en las cimas de la oración no se olvide de él y le arrastre consigo. Cf. ALAN DE LILLE, *Liber in distinctionibus dictionum theologicalium*: PL 210, 753C: «Cortina, proprie, fidelis, unde in Apoc.: Qui audit dicat: veni, et cortina cortinam trahat, id est fidelis fidelem aedificat, quod significabatur per cortinas in Veteri Testamento ansulis hyacinthinis connexas quod una tracta aliae sequebantur».